

De cómo matar a un muerto

El día del crimen partimos muy temprano. Había que encontrar estacionamiento en el lugar del suceso, o lo más cerca posible. No queríamos saludar mucho, Raquel y yo: nunca supimos combinar bien la vida social y la muerte. Llegamos a las proximidades del convento minutos antes de la hora. Entre los que avanzaban delante de nosotros, vimos aparecer a Agustín Castro y a la Bernardita Arriaza. Cada uno venía por su lado y de pronto *la* sorpresa:

—¡Berna!

—¡Cucho!

Les dio un gusto enorme encontrarse (dijeron). Dijeron:

—¡Qué tiempo que...!

—¡Uh, siiiiglos!

Beso resbalado. Abrazo. Se miraban —me imagino— sin querer mentar (él a ella ni ella a él) qué les habían hecho esos siglos a sus rostros. En medio de su alegría echaron un vistazo alrededor y por suerte no nos vieron:

—¿No hay *nadie*? —se sorprendió ella.

—Todavía falta.

La Bernardita observó la hora:

—Sí, ¿no?

—No, si yo vine temprano porque tenía que hacer —se excusó Agustín.

—¿En el barrio? —picaresca.

—Compro artesanía. Hablo en serio.

—No, si te oigo en serio.

—Lata que estos asuntos —gesticuló hacia la iglesita— te corten la mañana.

—¿Qué fue lo de Lucho?

—Infarto, supongo. De un minuto a o...

—Van llegando los deudos, mira —interrumpió ella.

Bajaban de un auto, dos. Desde el primero saltó un chiquillo de veintitantos años y se apresuró a abrir la puerta del segundo para que bajara su madre, la viuda. ¿Cuál de los hijos sería? Los dos mayores siempre tuvieron facha de gemelos. El igual se apeó por el costado opuesto. Luego asomó su hermana, la Mercedes. Le ayudó a salir un señor gordo que debió de ser el marido.

—La Mechita, ¡casada!

Agustín y la Berna susurraban, en una voz baja perfectamente audible:

—También hace siglos que no veía a la familia.

—Ni yo.

—Se han esfumado, desde que les bajó la fe.

Los cuatro deudos esperaron unos segundos en la acera, mientras la viuda descendía sin prisa. Ella y su hija iban de luto, con gruesos lentes negros. La Bernardita susurró un incontenible:

—Luto-luto, ¡qué raro!, a estas alturas.

—¿No ves? La fe.

Los tres muchachos vestían ternos cruzados, de algún color viejo, sombrío. Casi un luto.

—Se conserva —comentó Agustín inspeccionando a la viuda.

—Siempre tuvo cara de niña chica.

—Ven. Saludemos. Ya que llegamos temprano... —no parecía perdonarse el haber sido puntual.

—Sí. Después, con la pelotera, ni se acuerdan de quién vino y quién no.

Estallaron risas detrás de nosotros. Dos nuevos dolientes cambiaban jubilosas cortesías:

—¡Viejo perro!

—¡Carliiitos!

—¿En dónde te metes?

—Donde siempre. ¿Y tú, qué hablas? Tiene que morirle alguien para que salgas de tu cueva.

—Chiiito.

Venía llegando más gente. A todos les daba gusto verse. Decían. Decían que tenían que juntarse, un día de estos («En serio»). Palmoteos de espaldas, preguntas. Nadie había visto a nadie

por siglos. Charlaban animadamente antes de entrar («No, no. Esa puerta da al colegio. La capilla es por ahí»). Se contemplaban unos a otros («Oye, pero a ti ni te rozan los años». «Déjate de historias, que ayer...»). En seguida pasaban, apurándose un poco («Es muy chica esta iglesita: capaz que no hallemos asiento»).

Raquel y yo conseguimos entrar.

Sí: era estrecha la iglesita («Tiene algo como íntimo, no sé, como tierno... ¿Te fijas?», alcancé a escucharle a la Matilde Ugarte, que una vez más lograba descubrir lo que saltaba a la vista). Estrecho y además frío, a pesar de la ternura.

—No sé cómo no se hielan las monjas —se compadeció alguien que avanzaba por el lado izquierdo, cerca de nosotros.

—¡Y los curas que les dan las misas!

—A lo mejor les dan más.

—Hereje.

Nos pusimos más bien adelante, de pie junto a una columna, a medio ocultar por ella. En las iglesias, Raquel y yo nos eximimos de la puja para conseguir asiento. Llegamos a acuerdo, esta vez, con un par de miradas («¿Aquí?». «Aquí»). Noté algo menos de entusiasmo en los diálogos, quizá por la cercanía del altar. Sólo de cuando en cuando, en un cauto susurro:

—¿Viste a la Denise con su nuevo afecto?

—Cállate.

Más allá:

—Eh. Viene Alberto Bórquez.

Alberto Bórquez —Bórquez de la Parra Garín, realmente— fue entrando por el pasillo a tranco episcopal (pontificio, casi). Sabía vestir. Saludaba uno por uno a sus conocidos. «Siempre caballero», se extasiaban las señoras. Además, muy católico. Tenía plena conciencia, ahora, de estar en una iglesia: insinuaba sus «Buenos días» sólo con los labios, sin ponerles voz. A tono con el recinto, impartía a cada amigo una sonrisa de eclesial mesura.

Mediano de talla, potente de cejas, gregario, irrecusablemente simple, había sido uno de los ministros claves de la dictadura. Aún quedaba gente capaz de estimarlo por eso. Y el primero, él mismo.

Llegó junto a la primera corrida de escaños. Ya al lado de la urna, esbozó una genuflexión mecánica y una rauda señal de la cruz. Tuvo la decencia de no acercarse a contemplar la cara del difunto.

Se acercó, en cambio, a los deudos. Estrechó a la viuda en

un abrazo lleno de emoción funeraria («¡Maruuuca!»), se leía en su gesto; y uno casi adivinaba el discreto ahogo de su entonación). A Merceditas, la hija, le dispensó un beso y una especie de palmada paterno-abacial sobre la mejilla. Con otro abrazo y un cálido «¡Alvariiín!» saludó a Ruperto, el hijo mayor. Después a Domingo, el tercer hermano hombre (el que no era igual), le susurró un audible:

—¡Roberto, que... que...!

Por uno de esos azares de la vida no vio a Miguel, el mellizo.

Ojeó veladamente por si quedaban parientes. Su instinto infalible hizo que apretara la mano del yerno, a quien no consiguió recordar:

—Esteee...

Hecho esto, y con la ostensible tranquilidad del deber cumplido, fue a sentarse en un banco donde un par de señoras le ofrecían hueco. Accedió, dirigió hacia ellas un silencioso «gracias» y, luego de distribuir dos o tres «holas» a lado y lado, dobló las rodillas, se persignó otra vez, inclinó la cabeza y entornó los ojos en muda plegaria.

El público había seguido con interés los movimientos de Bórquez de la Parra mientras ponía su acto en escena. Ahora, poco a poco, las conversaciones principiaron a volver por sus fueros con rumor de oleaje.

Alguien nombró a Lucho, cerca de nosotros.

Lucho. Tuve la impresión, no de que fuera a aparecerse en cualquier instante, sino de que iba a estar ahí, a —misteriosamente— haber estado ahí desde el principio de este funeral suyo. Vi, y no solo en el recuerdo, su boceto de sonrisa revolotear sobre el espectáculo de esos dolientes tan satisfechos de verse después de tooodos estos siglos. Iría reconociendo rostros, cuerpos, gestos. Quizá los viera en la forma corrosiva en que los pintaba hasta hacía poco.

Podríamos ser uno de sus cuadros, donde se hermanaban extrañamente el realismo y la caricatura. Había quienes los calificaban de sombríos. Otros, de estrafalarios, o extraños. Durante la dictadura empezaron a oírse voces, incluso amigas, que les llamaban izquierdistas. Incluso subversivos.

—Hace sufrir a la Maruca con ese asunto social que lo ha agarrado.

—Mira que esos grabados asquerosos. Les llama víctimas —se horrorizaban señoras finas, para quienes ser víctimas era delito grave.

...Si era verdad que desde su no ser Lucho nos espiaba, supongo que estaría hallándose razón de haber plasmado el mundo del modo en que lo plasmó. Tuve la impresión de que los dolientes trataban de parecerse a esas figuras grotescas que tan bien no entendían tantos de los presentes, cuando por compromiso visitaban alguna exposición de Lucho.

Su última presentación fue a mediados de la dictadura, aunque la mayoría de esos cuadros venía de mucho antes. Alguien le puso *retrospectiva*. Él prefirió darle un título más específico: *Gente de bien* (y causó el comentario: «¿Ves? ¡Izquierdista!»). Llevaba años estampando imágenes de beatas, señores respetables, magistrados, industriales.

Ver uno era sentirse frente a una especie de esperpento de Valle-Inclán. Ver el conjunto, en la sala, te hacía imaginar un turbio purgatorio.

A gran parte de sus amigos les chocaba.

—Cómo, Lucho, de buena familia, educado en buen colegio.

—Te tiras de cabeza contra la clase alta —le reprochó uno.

Y su voz seca, ingenua:

—No sé cuál es.

Lo imaginé muy él, aquí. Desde un rincón que no existía, debía de contemplar con ironía su propio réquiem. Jamás fue dado a ceremonias. Ni a ropajes, ni a esas sonrisas puestas, que —precisamente— no sonrían. Tenía un pudor casi supersticioso de exhibir sentimientos. Eran tan íntimos, que estoy seguro de que mostrarlos sería para él lo mismo que fingirlos.

—Me carga el teatro fuera del teatro.

Y ahora pasaba a ser el eje de la representación.

Casi desde niño me cuesta creer que se mueran los muertos. No por lo de «la otra vida» (¿cuál?), sino porque no estar vivo va contra natura.

Reabrí los ojos. Raquel tenía los suyos puestos en mí. Me adivina, pensé, y estuve algo menos solo.

No hubiera querido ver. Tampoco oír.

De pronto, como respondiendo, el silencio se espesó, o se hizo real. Miré a mi alrededor. Desde la portezuela de la sacristía penetró la figura imponente de Bernardo Brouillard, ese amigo cura de quien Lucho me habla con frecuencia. Su indumentaria era tan irreprochable como Lucho se divertía en describirla. Unos hilos de plata relucían en la casulla. Me impresionaron el peinado:

algo más —mucho más— que correcto; lo hierático de sus facciones; y las mejillas lisas, recién afeitadas.

—A la hora que sea, sientes que acaba de pasarse la navaja —comentaba Lucho.

Su amigo atravesó frente al altar, se inclinó en una venia solemne. Los cirios hicieron destellar su pelo, negro-charol (Volví a oír a Lucho: «Tipo galán de los años treinta. Carlitos Gardel con sotana»). Como un comentario en clave, el brazo de Raquel se trabó al mío (Me sigue adivinando, adiviné a mi vez):

—¿Viste?

Hice que sí.

—En el nombre del Padre, del Hijo...

Nadie hablaba ahora. Solo se oía, como música de fondo, la inevitable voz ambiente de la Chabelita Oyarce. Nunca ha logrado callar, en ninguna circunstancia y por ningún motivo. Esto no asombraría a Lucho, si la viese desde el rincón imaginario donde yo lo imaginaba.

—La pobre exuberaba —comentó una vez.

—Debías retratarla —decía yo—. Un óleo con ella exuberando...

—¿Retratar? Me matan. A esta gente le puedes decir cosas... siempre que no se las digas a ninguno de ellos.

Lucho pintaba cuadros en que, según él, «no hay nadie de veras». Se llamaban Rostro, o Imagen. Otro (otros, porque fueron varios): Hombre. Y: Mujer. También unos Grupos humanos empapados en mordacidad. Si alguien se lo observaba, su respuesta era un gesto de extrañeza. ¿Mordaz, él? Era solo un dibujante que coloreaba sus monos.

—Algún día me atreveré a pintar niños. Ahí sí trataré de pintar.

Antes de empezar la dictadura, un crítico habló una vez de su mensaje, de que era un pintor comprometido. A Lucho le reventaban las frases hechas:

—Si soy pintor, no soy comprometido.

—¿Qué entonces?

—¿Incomprometido será? Pongamos: libre.

Cuando alguien opinaba sobre uno de sus óleos:

—¡Si es que es ver al Rafa Astorga!

—...dices tú —se defendía.

—Cómo yo. ¡Hasta lleva el bastón del Rafa!

Se encogía de hombros:

—Un bastón no acredita identidad. El papa usa bastón. Los ciegos usan bastón. Un tío de mi mujer usa bastón.

...Costaba resignarse a que se hubiera muerto.

A que siguiera muriéndose, aquí, a manos de sus seres queridos.

¿Y a las mías también? Habían pasado unas horas apenas, y sentí que Lucho, el Lucho vivo, empezaba a desperfilarse en mi interior. Me costaba reconstruir algunos de sus rasgos, y eso era como serle desleal. Lo imaginé (¿a él, su espectro, su recuerdo?) preguntándome al oído:

—¿No me conoces?

—Nunca te conocí de veras —pude haberle contestado.

Mientras el padre Brouillard iniciaba su elegante gesticulación litúrgica, traté de reinvocar la imagen del muerto, cuando vivía. Su figura achaparrada. La poca destreza de sus movimientos. Sus facciones pálidas, con aquel curioso desvío de las líneas; las comisuras desiguales, la boca ligeramente al sesgo, predispuesta a una ironía que empezaba por él mismo. Su desconfianza ingenua frente a todo, el tono de burla, involuntario.

Su espontánea extrañeza, si alguien se lo hacía ver:

—¿Yo, burlarme?

No siempre es que sonriera. A veces, por sí sola, aparecía en su rostro lo que él llamaba «una jugarreta de mis labios». La línea que los separaba era apenas más alta por el lado izquierdo, como si pensara algo en lo que aún no pensaba. Sus ojos —dos escuetas ranuras imprecisas—, parecían buscar reparo bajo unas cejas demasiado gruesas para él.

No logré verlo en mis adentros. Lo sabía: no lo veía.

Tan solo recordaba, una vez más con extrañeza, que Lucho nunca miró a nadie bien de frente. A nadie, nada. Había una curiosa indirección en él. Lo mismo que al andar: jamás iba recto a ningún sitio, como si no se decidiera o quisiera cuidar la posibilidad de arrepentirse. Su traje cruzado jamás pudo estar derecho. Jamás dejó de llevar chueca esa eterna corbata. («Tan poco bohemio», le enrostraban: «usas tenuta de funcionario público»)...

—Primera lectura —se oyó desde el altar.

La Chabelita Oyarce siguió hablando de soslayo, con el morro apuntado a su vecina de la izquierda. Alberto Bórquez (Bórquez de la Parra Garín, en realidad) permanecía, sobriamente os-

tensible, en su asiento de la segunda corrida. A escasos metros de él, Agustín Castro pugnaba con sus ojos para lograr entreabrirlos y solo conseguía entrecerrarlos. Desde acá costaba ver el primer banco. La familia de Lucho ¿en qué estaría? ¿Cómo?

—Segunda lectura...

Me imaginé a la viuda, Maruca. ¿Viuda? ¿Viuda, con su carita de niña, esos gestos mimados que invitaban a acunarla en los brazos?

Un día me había atrevido a comentar con Lucho:

—Tiene algo de crío. Dan ganas de mecerla —y mecí mis brazos, remedando el gesto.

Lucho sonrió (no a mí, quizá: ¿al mundo?) con esa sonrisa deslastrada por la que vagaba en pena un soplo de amargura. Calló unos instantes. Luego:

—No alcanzo a figurarme la situación.

Pretendí enmendar:

—Quiero decir...

—No, no —y un gesto de: no importa.

—Lo que hay...

Hizo un gesto de sí. Pareció dar aún otra vuelta a la idea:

—Nadie se atrevería a ir tan lejos —sonrió (¿o no sonrió?).

Mientras hacía el comentario, sus ojos dardearon al bies, en dirección al lugar donde yo estaba. No a mi persona. (Siempre, al hablarte, te daba la impresión de un lanzador de cuchillos de circo: clavaba sus miradas alrededor de ti, nunca en ti). Lo que me quedó de aquel diálogo fue la intuición de una enorme amargura en el «nadie se atrevería a ir tan lejos».

¿Tampoco él?

La Maruca, suave, apacible, ojos grandes, mirada estupidamente limpia, voz de niña que recién despierta y espera su dosis habitual de mimos. ¿Sólo eso? ¿Nada más que mimos, incluso del marido?

...«Nadie se atrevería a ir tan lejos». Recordando la frase aquí, a pasos del cadáver de Lucho, me figuré que tal vez él la hubiera dicho con la rabia de una castidad forzosa, impuesta por ese tierno ser tan niña que siempre se observaba en ella. Había indicios. Alguna vez sorprendí a Lucho en un gesto de afecto: la besaba al despedirse, o le ponía una mano sobre un hombro, o le decía:

—Mi amor.

Y ella se recogía, como si él hubiera intentado desnudarla en público.

Vaya uno a saber si no había relación de la continencia con los colores sombríos que Lucho solía aplicar en sus cuadros. Y con el rumor de que había constituido una «sucursal de familia» (la seudo esposa, el hijo o la hija extraoficiales que le atribuían en voz baja). También podía estar ahí la raíz de sus rabias repentinas (por nada y contra nadie). A partir de un momento se acentuó su desviar la vista, recordé. No creo que tratara de esconder nada culpable. Quizá solo quisiera mantener en reserva el sucedáneo de hogar.

No era un desvío hipócrita, me repetí. Acaso fuera simple pudor.

—Por la señal de la santa cruz...

El padre Bernardo, director espiritual (¿así les llaman?) de Maruca, se dispuso a predicar sobre aquel difunto que fue su compañero de colegio, su amigo desde niño.

—Dios está aquí —proclamó para empezar.

El anuncio no pareció conmover a la Chabelita Oyarce. Su tema de conversación tenía sin duda más premura. Dios es eterno, mal que mal. Ella continuó bisbiseando apasionadamente al oído de su vecina. La de su derecha, ahora. Por un momento llegué a temer que el sacerdote nos comunicara que Dios estaba aquí «para despedir a nuestro querido Lucho». Me había tocado escuchar cursilerías así. Pero no. El dios del padre Bernardo era, descubrí, el del Viejo Testamento, el *Dies irae*.

—Contra él no hay derecho a pecar —parece que agregó—, porque Dios, más que ser justo, ¡es la justicia misma!, y en el fin de los tiempos su justicia caerá sobre cada uno de nosotros.

Raquel y yo intercambiamos extrañezas:

¿A dónde va esto?

No podría reproducir lo que siguió diciendo Brouillard. Fue un reventón insólito. Tuve la sensación de que él, con ese pelo engomado, esas mejillas tersas, estaba menos vivo que el muerto, o vivo de una vida más fría. Que se sentía no junto al cadáver de su amigo, sino ante un infierno hirviente de pecadores (¿Lucho entre ellos?). Preguntó —con furia no retórica: real— qué mérito podrá exhibir un hombre, una mujer, después de hundirse en el pecado, para implorar que el Juez lo perdone cuando llegue su hora.

—La hora que nunca deja de llegarle a nadie.

Aludió oscuramente a la inmundicia de... No sé: unas inmundicias de la carne, parece: ¡tan fuera de lugar en la capilla pulcra de las monjas, y entre personas de modales finos!

Raquel y yo volvimos a mirarnos. Nadie más parecía darse cuenta.

En algún instante Brouillard tronó que las puertas del infierno estaban abiertas (y no pude evitar la idea de que sus ojos, tan precisos, se asomaban por ellas para mirar adentro). Abiertas, dijo, por la llave de la sensualidad. Las puertas del infierno, abiertas. Abiertas por la llave de la debilidad humana. Abiertas por la llave de la concupiscencia. Abiertas por la ausencia de fe, la impiedad, ese relativismo que corrompe hoy día a la colmena en que vivimos...

—Las puertas del infierno están abiertas de par en par —exclamó—. Y esperan.

Sentí que la pequeña capilla se llenaba de pecados; de pecadores pecando oscuramente y, después, recibiendo espantosos castigos en una gehena de cuya administración se había encargado el padre Brouillard. En su torrente oratorio, por ninguna parte aparecía Lucho. Ni una muestra de afecto, ni un recuerdo de infancia, ni una alusión a la vida en común que todos les sabíamos.

—Las puertas del infierno, abiertas por la mano de cada pecador rebelde —recalcó, casi jadeante, y al cabo de una pausa—: Roguemos al Señor que ilumine nuestras mentes antes de arrancarnos de este mundo. Que no nos sea tarde. Que alcancemos a arrastrar nuestro arrepentimiento frente al poder de su justicia. Amén.

No sé si se me heló o me hirvió la sangre.

—Ni lo ha nombrado —murmuré al oído de Raquel—. ¿Está loco? ¿Qué es esto...?

Raquel se acordó de los modales:

—Chiiito —pero sus ojos decían algo diferente.

Callamos. Comencé a sentir que todo aquello era un mal sueño.

Los hijos del difunto, el yerno, alguien más, tomaron el ataúd y luego de dos o tres maniobras no muy diestras consiguieron enfilar con él rumbo a la puerta de la iglesia. El padre Brouillard los precedió asperjando latín y agua bendita. Del brazo de su hija, la Maruca siguió al grupo, encastillada en un acromegálico par de anteojos negros. En torno a madre e hija se formó un círculo. A su paso, manos amigas venían a tocar a la viuda, rostros amigos se aproximaban al suyo. Se escucharon voces quebradas y sollozos.

—¡Maruuuca!

Libres del ruido del sermón, la Chabelita y su vecina reanudaron sin trabas su cuchicheo fluvial. A metros de ambas, sonriente, Alberto Bórquez presidía a un importante sector del universo que vino a palmotearlo. Era casi un deudo: nadie ignoraba que él, y Lucho, y el padre Brouillard, habían sido compañeros no solo de colegio: de curso. Vi a Agustín Castro saludar de lejos a una niña con ropa cara. Parecía decirle: qué gustazo de verte («después de todos estos siglos», supongo). En respuesta, ella le envió una seña vaporosa con los dedos. La Nani López sacó un espejo y exploraba, muy seria, su ojo izquierdo.

Varios dolientes miraron la hora, varias veces.

¿Y Lucho?

Traté de imaginármelo —siquiera yo— en ese ataúd dentro del cual lo íbamos dejando más solo que... ¿Que nunca? Pero, ¿habrá habido un momento en el cual dejara de estar solo? Ah, sí: jamás le faltó la compañía de la Maruquita, un verdadero encanto. Lo tierno, solían decir las damas. Pero a la vez tan... ¿limpia?, ¿casta?, que acaso nadie, ni su marido mismo, «se atrevería a ir tan lejos» como acunarla para demostrarle amor de carne y hueso.

De carne, sobre todo.

Y Lucho era sensual. Vivía olores, líneas. «¿Sientes el aire?», se exaltaba a menudo. O bien: «Mira esos muslos: ¡con qué gracia los mueve!». Parece que al principio intentó reflejar muslos y otros miembros en una o dos de sus Pescadoras en el viento, y Maruca se afligía sin atreverse a explicarle por qué. Una que otra vez quiso reprochárselas. Casi no hallaba palabras:

—Cómo puedes pintar... eso.

—Existe.

—Existen tantas cosas —y existir, o ser cosa, ya sonaba a pecado en sus labios.

Sobre todo desde que, a los dos o tres años de casarse, el padre Brouillard descendió sobre ellos en su carro de fuego. ¿Habría aludido a los muslos y a otras cosas ahora, en su terrible sermón? ¿Sería Lucho culpable a sus estrictos ojos? ¿Tendrían algo de verdad los rumores sobre la sucursal, y la amante, y el hijo o la hija?

Vi a Lucho encerrado. Más encerrado, a lo mejor, cuando vivía que hoy. Tal vez el ataúd lo resguardara aquí. Cuántas veces habrá querido desahogar su ingenua alegría panteísta. Que no era paganismo, sino instinto de la vida. Pintura erótica, sensual, ¿cómo hacerla a contrapelo de esa ingenua, encantadora mujer suya?

Por lo demás, si él hubiese persistido en su línea, ¿qué habría dicho la gente? ¿Su gente? Todas estas distinguidas relaciones de familia; entre ellos Brouillard, director general de la gehena; y el muy católico exministro de la dictadura.

Solo.

Traté de divisar, por encima de los hombros y las cabezas, al par de hijos difíciles de distinguir; y al menor, que no se parecía; a la hija casada y enigmática; y a Maruca, la esposa, que ahora debería aprender a ser viuda sin dejar de ser niña.

Raquel me apretó el codo:

—No pongas esa cara. Vamos.

—Sí.

Miré alrededor. Los pesarosos se retiraban con la conciencia del deber cumplido. Volvían a conversar en paz. Mientras salíamos a la calle, Raquel y yo alcanzamos a escuchar pedazos de diálogo:

—Yo estoy aquí en la esquina; te llevo —Yo era el auto.

—Pusieron en venta acciones de la...

—¿Se casó la Carmencita Oyanedel? ¡No diiigas!

Y al pasar, un abrazo a la viuda, a la Merceditas (tan tierna) y sus hermanos (¿cuál de ellos?). Dejaban sus tarjetas en el tarjetero. No había que olvidarse. Y luego, a recibir el sol («Suavecito, ¿te fijas? Este año...»).

Habían, por fin, matado al muerto.

Aleluya, aleluya.

Amén.